

Silvia
ALIAGA

Tatiana
MARCO

Estrellas sobre Seúl

Ilustraciones de
INMA MOYA



NOCTURNA
EDICIONES

Silvia
ALIAGA

Tatiana
MARCO

Estrellas
sobre
Seül



Ilustraciones de Inma Moya

 NOCTURNA
EDICIONES

© Silvia Aliaga y Tatiana Marco, 2020
International Rights © Tormenta, 2020
rights@tormentalibros.com · tormentalibros.com
© de las ilustraciones: Inma Moya, 2020
© de la presente edición: Nocturna Ediciones, S.L.
c/ Corazón de María, 39, 8.º C, esc. dcha. 28002 Madrid
info@nocturnaediciones.com
www.nocturnaediciones.com
Primera edición en Nocturna: enero de 2021
Edición digital: Elena Sanz Matilla
ISBN:978-84-18440-07-6

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

*Para todos los que deseaban regresar a la trastienda del Stardust.
Bienvenidos de nuevo.*



Soy todos esos fallos y errores que componen las estrellas más brillantes en la constelación de mi vida. He aprendido a quererme por quién soy, por quién fui y por quién espero llegar a ser.

DISCURSO DE KIM NAMJOON, DE BTS,
PARA LAS NACIONES UNIDAS

ESTRELLAS SOBRE SEÚL

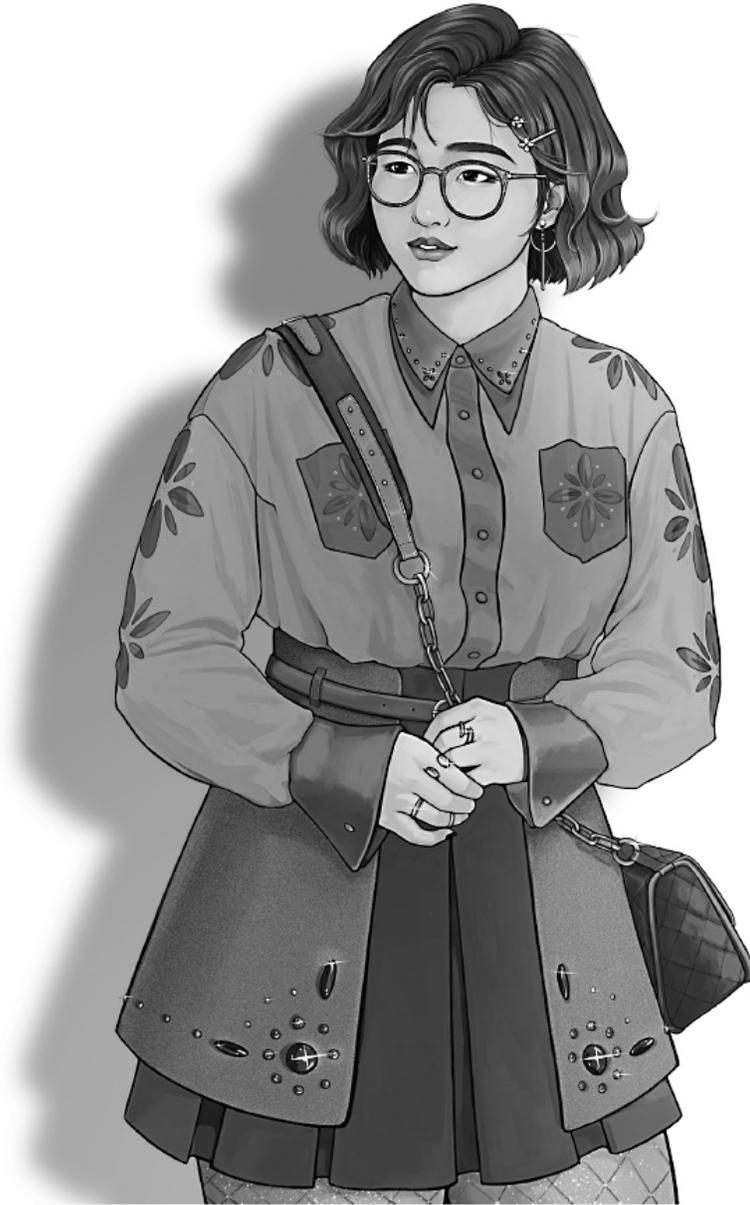
Protagonistas



Dani



Riley



Samuel



Paula



Minwoo



Jihun



Hyunsoo



Jay



Young



Alex



1. Desafiando la gravedad



Dani

Nada aquel día indicaba que Dani iba a conocer a la persona que acabaría salvándole la vida. De hecho, mientras escuchaba con desgana al director artístico de la obra de teatro en la que estaba colaborando, sentado en ese enorme salón de actos de la Universidad de Gloucester, sólo tenía un propósito en mente: encontrar una excusa aceptable para escaquearse del almuerzo con el resto del equipo y largarse lo antes posible de allí, en dirección al centro de la ciudad. En una de las pequeñas librerías que solía frecuentar habían conseguido una vieja edición de *Eduardo II* de Christopher Marlowe y, antes de enviársela a su afortunado comprador, le habían prometido dejarle echar un vistazo.

Reprimió un suspiro mientras uno de sus compañeros planteaba una pregunta al director de la obra. Por lo

general, le gustaba estar en el salón de actos hablando de teatro, pero cada vez se notaba más disperso, menos concentrado en su trabajo.

Sabía que había tenido una suerte inmensa cuando el departamento de Artes Escénicas le había ampliado la beca un par de años más después de su graduación. Sin embargo, el día que supo que podría seguir dedicándose a ese trabajo que tanto le apasionaba y que podría continuar viviendo cómodamente en Inglaterra, el país que siempre había considerado mucho más suyo que su propia tierra natal, Dani se limitó a observar en silencio el viejo cuaderno verde que reposaba sobre su escritorio. De pronto, se sintió tremendamente solo.

Quizá fue por eso, por la sensación de soledad que, lejos de disiparse, parecía crecer cada día, que Dani optó por renunciar a su cita con Eduardo II al salir de la reunión y se dirigió, casi sin reparar en ello, hacia el único Starbucks de la ciudad de Gloucester.

Llevaba varios meses frecuentando el lugar. Algo sorprendente, teniendo en cuenta que siempre había odiado ese tipo de multinacionales. Cuando abrió la puerta del local y el tenue olor a café llegó hasta él, se encontró un poco mejor. Declan, uno de los camareros, le saludó con un ligero movimiento de cabeza al verle llegar mientras devolvía su atención a los clientes que tenía frente a la barra. Dani se acomodó en uno de los sillones junto a la ventana y sacó su libreta para revisar las notas de la reunión. Allí sentado, rodeado del resto de clientes, cada

uno sumido en sus propios asuntos, empezaba a sentirse más centrado.

—¿Querrás que te acerque a Leadworth con la moto?

Dani levantó la vista de sus apuntes cuando Shawn, otro de los camareros, colocó frente a él una taza humeante.

—No he pedido nada aún —le explicó Dani, aturdido.

Shawn se encogió de hombros.

—Earl Gray en taza de cerámica, nada de vasos de cartón. Es lo que pides siempre.

Dani notó cómo le subía el calor a las mejillas. ¿En qué momento se había convertido en el tipo de cliente habitual de un maldito Starbucks hasta tal punto que los camareros eran capaces de adivinar lo que iba a pedir?

—Quizá quieras probar otra cosa —le tentó Shawn—. Tenemos un *frapuccino* de caramelo y fresa que está increíble. Se me da genial prepararlo.

—Gracias, pero creo que me quedo con esto.

—Al menos deja que le ponga algo más al Earl Gray. ¿Quieres que probemos con la vainilla? Mi abuela solía echarle vainilla siempre. Y un poco de leche. Lo llamaba London Fog.

—Está bien así, de verdad.

—Como veas, pero piénsate lo de la moto. —Shawn se frotó las manos contra el delantal y lanzó una mirada distraída a su alrededor—. Salgo a las cuatro y voy a ir a pasar el fin de semana a tu pueblo. Emma y yo estamos intentando arreglar las cosas. Dicen que a la quinta va la vencida —añadió con un suspiro.

—Suenan prometedor. Os deseo la mejor de las suertes.

De repente, la idea de ir a ver la edición antigua de *Eduardo II* le volvía a resultar muy tentadora. Aunque nunca habían tenido una relación estrecha, conocía a Shawn desde hacía años y no le caía mal del todo, pero ¿no se suponía que la gracia de ese tipo de locales era que no necesitabas socializar con nadie?

—No sé, tío. Emma y yo llevamos años así. A veces pienso que... Oye —soltó de pronto en tono confidente—, ahí al fondo está sentado un tío que no deja de mirarnos. Quizá le gustes...

Dani siguió la mirada de Shawn con el ceño fruncido. Desde su posición, apenas podía distinguir bien la figura oscura acomodada en uno de los últimos sillones. Desistió y estiró la mano para coger la taza de té.

—Quizá le gustes tú —murmuró con desgana.

—Lo dudo —admitió Shawn—. Desde que me corté el pelo, he perdido todo mi encanto. Emma opina que parezco un pringado, que ya no tengo mi rollo rockero, ¿sabes? —Volvió a lanzar una mirada hacia el fondo—. Yo que tú no perdería la oportunidad, es un tipo bastante atractivo. Parece extranjero —añadió—. Quizá sea japonés o chino.

Dani se atragantó con el té que estaba bebiendo y sintió que se le aceleraba el pulso. Shawn le abandonó pocos segundos después, ya que su compañero requería su presencia desde la barra. Dani se quedó inmóvil en el asiento, sin saber muy bien qué hacer, y se obligó a no mirar hacia el fondo del local.

No porque le preocupase que aquel chico del que hablaba Shawn y que, según él, no dejaba de mirarle fuera realmente japonés o chino. Al contrario. Lo que le preocupaba era que no lo fuese.

Llevaba tiempo obligándose a no pensar en ello. Había reprimido esos recuerdos de forma tan insistente que a veces llegaba a creer que nunca habían ocurrido de verdad. Aunque, en el fondo, sabía por qué acababa volviendo una y otra vez al Starbucks de Gloucester. Una parte de él necesitaba un motivo para huir, una excusa para regresar.

Necesitaba que alguien se olvidase un viejo medallón entre esos sillones.

Levantó la vista casi sin darse cuenta, con el corazón resonando en los oídos. Quizá sus ojos ya se habían acostumbrado a la tenue luz del local porque esa vez, cuando sus miradas se cruzaron, sí distinguió sus rasgos. Efectivamente, tal como Shawn había dicho, era bastante atractivo y, desde luego, asiático. Pero no era Jay. No era ninguno de ellos.

Sabía que era una estupidez. Al menos, eso es lo que se repitió a sí mismo mientras regresaba a Leadworth en autobús, tras abandonar el Starbucks de forma torpe y repentina. No podía huir eternamente de todo lo que le recordase a Corea del Sur. No podía seguir fingiendo que aquellos meses nunca habían existido. Y, sobre todo, no podía seguir posponiendo mucho más la promesa que había hecho junto al río Han.

Habían pasado algo más de dos años desde aquel momento que le parecía ya muy lejano. Dani recordaba todos y cada uno de los detalles más insignificantes de esa noche. El murmullo del río, las voces amortiguadas del resto de jóvenes que se habían reunido allí a beber y a cenar junto a los puestos de comida ambulante, la calidez de principios de verano, el olor a agua y a césped, y el sonido tenue del grupo de música callejero que actuaba en la otra orilla.

Pero, en especial, recordaba a su mejor amiga. Esa había sido la última vez que estuvieron a solas de verdad. Recordaba cómo le había abrazado y había juntado su frente con la de él mientras lloraba. Cómo Dani le había confesado todo lo que sentía por ella, lo importante que había sido en su vida. Ella le había hecho prometer varias cosas. Le había dado instrucciones precisas para que, según sus propias palabras, Dani no se sintiese solo y sin rumbo, para que no arruinase su vida.

Apoyó la cabeza contra el cristal de la ventanilla del autobús y cerró los ojos. Al otro lado, Leadworth y las luces de Navidad que ya colgaban de los árboles de la plaza principal le daban la bienvenida.

Decidió bajar una parada antes y dar un paseo hasta casa desde la plaza. Necesitaba despejarse y disimular su extraño humor. Cuando casi había llegado, se cruzó con la señora Mott, que regentaba un pequeño *Bed & Breakfast* en su misma calle.

—He pasado antes por vuestra casa. Os he dejado un poco de estofado en la nevera —le informó la mujer mientras cruzaba los brazos alrededor del pecho para protegerse un poco más del frío. Había salido a la calle a tirar la basura vestida con una simple bata—. Ya se lo he dicho a Wilfred, podéis comer con nosotros en Navidad. Nos encantaría teneros allí.

—Muchas gracias. No faltaremos.

Había una nota de tristeza en la mirada de la mujer, que se esforzó en disimular antes de volver a hablar:

—¿Has recibido ya tu postal? —le preguntó, en un claro intento de cambiar de tema—. Me alegra saber que le va bien, pero me sorprende la extraña afición de ese chico por los gatos.

Dani esbozó la primera sonrisa auténtica del día. Tiempo atrás, la señora Mott había alojado en su negocio a un joven irlandés unos años más mayor que él. Aquel chico que, con sus tatuajes y su chupa de cuero, parecía recién sacado de alguna película de pandilleros había traído a Dani de cabeza. Incluso su vecina, que había recibido su primera aparición con ojos críticos, acabó encantada con su inquilino. Desde entonces, él les enviaba una postal navideña todos los años sin excepción. Aunque no habían llegado a intimar tan a fondo como a Dani le hubiese gustado, lo conocía lo suficiente para saber que esas postales cursis llenas de animales esponjosos, lazos y cestas con flores tenían un componente irónico que la bondadosa señora Mott era incapaz de entender.

Entró en casa sigilosamente tras despedirse de ella. Encontró a Wilfred dormitando en el sofá, frente al televisor. Llevaban viviendo juntos desde que Dani se mudó a Inglaterra a los diecisiete años, cuando la joven camarera que acabaría convirtiéndose en su mejor amiga le arrastró hasta allí por primera vez y le ofreció quedarse con ella y su abuelo. Sin embargo, ahora ya sólo quedaban ellos dos. Muchos de sus compañeros de facultad, en Gloucester, se sorprendían de que Dani prefiriese vivir con un hombre de ochenta años en aquel pueblecito en lugar de alquilarse un apartamento en la ciudad, cerca del trabajo. Pero hacía tiempo que esa casa se había convertido en su hogar y Wilf, en su familia. Además, había hecho una promesa.

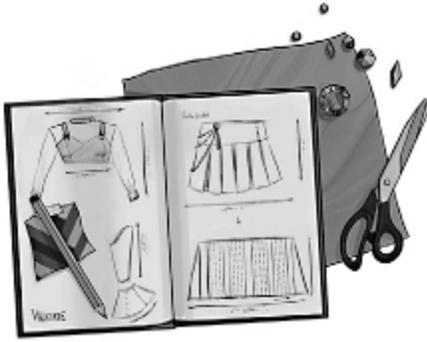
Dejó sus llaves con suavidad sobre la mesita de la entrada para no despertarlo. Entre el correo había una postal rosa, con un cachorro de gato persa asomando la nariz tras una caja llena de purpurina. Dani reprimió una carcajada mientras le daba la vuelta y leía la felicitación de Navidad de Andrew Jones.

Pero algo desvió su atención. También sobre la mesa, enterrada entre facturas y otras postales navideñas mucho más anodinas, sobresalía casi con impertinencia otra carta. En ella se veía un cielo estrellado en el que destacaba una estrella fugaz. En medio de ese cielo, un logotipo redondo de color rojo. Un logo muy parecido al del Starbucks en el que había estado esa misma tarde.

Dani pasó los dedos por la superficie de la postal, sin atreverse a levantarla de la mesa. Había cumplido todas las

promesas que había hecho aquella noche junto al río Han. Todas excepto una. Esa a la que su amiga se había referido como la más importante de todas.

Cris y su insufrible manía de tener siempre la razón.



Riley

Riley se subió la bufanda hasta la nariz, preparándose para el viento gélido que la golpearía en cuanto abriera la puerta, y se aferró a su abrigo. Lo había confeccionado años atrás, durante su primer año en la escuela de diseño, y todavía era una de sus prendas favoritas. Le encantaba su color verde menta y la suavidad del tejido. La búsqueda en las tiendas de textil de la ciudad de Jeju le había llevado semanas hasta que dio con la tela perfecta. Además, sólo le habían pasado cosas buenas cuando lo llevaba puesto. Por eso había decidido llevarlo ese día, a pesar de que estaba algo desgastado y se quedaba un poco escaso para soportar el frío de diciembre en Seúl. Necesitaba sentirse segura.

El pequeño patio de la casa en la que se alojaba estaba cubierto por un manto blanco y los copos se arremolinaban frente a él. A pesar de todo, Riley sonrió. Siempre le había gustado la nieve, pero, desde que con quince años se

trasladó de Australia a Jeju, no había vuelto a ver una nevada en condiciones. La cima del monte Hallasan se volvía blanca cada invierno, pero hacía años que no subía hasta allí, y mucho menos fuera de la temporada veraniega.

A primera hora de la mañana, el metro se encontraba abarrotado por la gente que se dirigía a sus puestos de trabajo. Apenas hacía dos semanas que había llegado a la ciudad y todavía no se había acostumbrado a las aglomeraciones y al ritmo vertiginoso de Seúl. En Jeju, incluso en plena capital y a pesar del aumento del turismo masificado en los últimos años, todo le resultaba más calmado. Aunque había nacido y crecido en una ciudad bastante grande, se había acostumbrado rápidamente con la relativa quietud de la isla surcoreana. Riley adoraba vivir allí y jamás se habría marchado si las circunstancias no lo hubiesen exigido.

Reprimió un suspiro mientras se esforzaba por abrirse camino en dirección a la puerta corredera. Había llegado a la estación de Apgujeong, su destino. Recordaba perfectamente el día que, un mes atrás, su vida había dado un giro radical, arrastrándola hasta allí.

Al terminar sus estudios de estética y diseño de moda, y después de varios trabajos temporales, Riley había conseguido que la contrataran en calidad de ayudante de estilismo para la JIBS, una cadena de televisión regional de la isla de Jeju. No era un trabajo muy emocionante y ni siquiera trabajaba la jornada completa, pero el sueldo le

llegaba para cubrir sus gastos y le dejaba el tiempo libre suficiente para dedicarse a sus propios diseños. Perfecto para ella, pues había encontrado una tienda en la ciudad que se dedicaba a exponer y vender por encargo las prendas de diseñadores noveles e independientes.

La gran sorpresa llegó un día de noviembre. Riley acababa de terminar de maquillar a una de las presentadoras del telediario cuando su jefe entró en el camerino y le pidió, con mucha seriedad, que lo acompañara a su despacho. Mientras lo seguía, con la vista fija en sus preciosos zapatos nuevos y los nervios a flor de piel, se esforzó en recordar qué era exactamente lo que había hecho mal. Tal vez podía evitar una reprimenda si ella misma se adelantaba y pedía disculpas. Sin embargo, cuando llegaron a la puerta del despacho, él se limitó a abrirla, pedirle que pasara y cerrarla tras ella, quedándose fuera.

Se quedó allí plantada, sin entender nada. Sentada tras la mesa de su jefe, casi como si le perteneciese, se encontraba una de las mujeres más elegantes y estilosas que Riley había conocido jamás en persona. Se preguntó si sería una actriz famosa, pero no recordaba haber visto su cara en ningún sitio. Parecía rondar los cuarenta años y tenía una larga melena castaña que le caía en ondas perfectas sobre los hombros, desprendiendo reflejos dorados. Su maquillaje también era impecable. Aun así, nada de eso atrajo su atención de primeras. Aunque Riley había estudiado peluquería y maquillaje, siempre había

tenido un punto débil: la ropa. Sus amigos solían burlarse de ella cuando les decía que era capaz de adivinar el carácter y los secretos de una persona con echar un vistazo a lo que llevaba. En este caso, el traje de chaqueta que vestía aquella mujer tenía un corte clásico. Riley lo reconoció: una de las prendas de la colección de otoño de Balenciaga del año anterior.

Recordaba haber sentido cierta decepción al inspeccionar la colección tan pronto como se anunció el catálogo. Para su gusto, habían pecado de conservadores, ya que habían creado unos trajes de mujer algo anodinos. Estaba claro que alguien más compartía su opinión. El sencillo traje de chaqueta de la mujer estaba personalizado: habían cosido un aplique de puntilla y pequeñas perlas de color blanco sobre los hombros que contrastaba con el color gris. Aunque Riley no podía verlo desde ahí, apostó por que el aplique se extendía por la espalda. Al menos, eso es lo que ella hubiese hecho. No pudo evitar preguntarse quién sería el genio detrás de aquel conjunto.

Ignorando el escrutinio de Riley, la mujer le sonrió y señaló la silla vacía frente a ella, al otro lado del escritorio.

—Buenos días, señorita Yun. Siéntese, por favor. Soy la directora Cha y vengo en representación del programa *After Class* de SBS. Supongo que lo conoce, ¿no es así?

Riley obedeció y se acomodó mientras asentía a modo de respuesta, sin atreverse a articular ninguna palabra. Claro que conocía *After Class*, la cadena para la que trabajaba era